

de esta infame muger. . . que el recuerdo de mi venganza, sí, mi venganza. ¡Oísteis anoche mi voz? ¡Oh dulce, divina venganza! Tú me harás de infeliz el mas dichoso de los hombres. Isabel: os dije anoche. . . . que la esposa perjura no llegaria al tálamo, y vos no llegareis.

—¡Oh! Enrique, no me mateis.

—Serenaos, no os mataré, señora, porque no soy asesino; pero no volvereis á ver á vuestro esposo.

—¿Qué decis?

—Lo que ois, señora. No ecsiste ya para vos vuestro marido.

—¿Cómo! ¡Oh! ¡Sereis tan vil? Pero no, nada podeis hacer, porque á las seis viene mi esposo para la velacion.

—Esperadlo en buena hora; pero temo mucho que solo lo veais. . . . en. . . . la eternidad.

—Enrique. . . . sois un infame.

—Y vos una santa.

—Yo no tenia obligacion de quereros.

—¡Ola! ¡Y teníais obligacion de ser virtuosa, de cumplir un juramento, ó al ménos de no cubrir con un velo de hipocresía una alma perversa? Por Dios, señora, que no esperaba hallar una alma tan corrompida.

—Devolvedme mi marido, gritó Isabel.

—Devolvedme la vida, devolvedme la virtud, que me habeis robado.

—Isabel no oyó mas; comenzó á gritar, corriendo por todas las piezas de la casa.

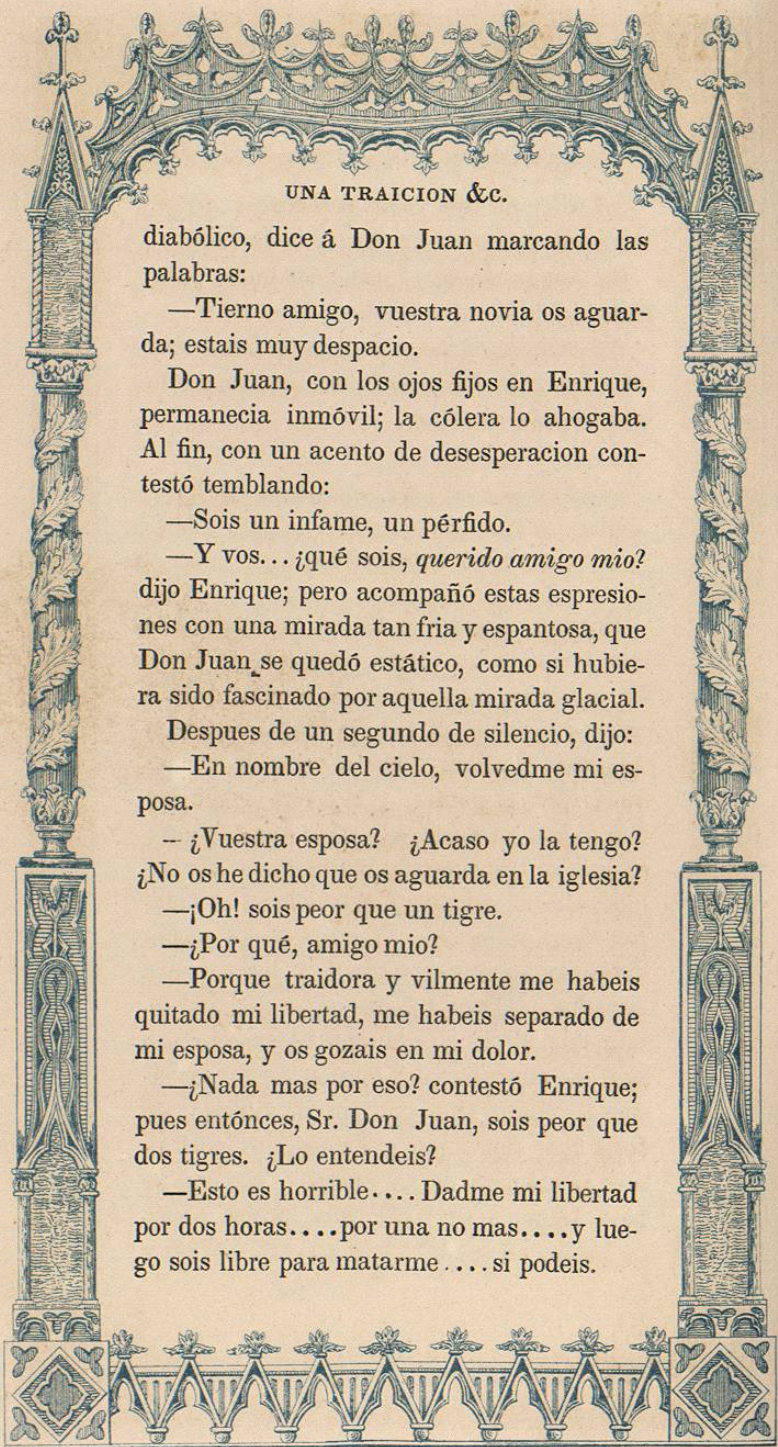
Su amiga desde el principio habia desaparecido, y Enrique tambien se salió.

No solo dieron las seis de la mañana, sino las ocho, y D. Juan no habia llegado, por lo que no hubo velacion.

VI.

LA VENGANZA.

Enrique, dejando á Isabel, se dirigió á la casa lejana donde estaba encerrado D. Juan. La espresion feroz de su semblante daba á conocer la ardiente sed de venganza que le consumia el alma: llega al lugar de su víctima, abre la puerta, y la cierra luego por dentro con precaucion. Don Juan se puso en pié; su rostro estaba cubierto de una palidez mortal; sus megillas lívidas se inundaron en un sudor frio. Tenia los ojos encendidos, la nariz entreabierta y los cabellos erizados. Al ver á Enrique, se demudó totalmente; su fisonomía tomó un aspecto mas horrible aún: sus ojos brotaron fuego, sus labios se contrajeron con un movimiento de furor mal reprimido, y un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo. Enrique se pára frente á su rival; una sonrisa amarga asoma en sus lábios, y con aire burlon y



UNA TRAICION &c.

diabólico, dice á Don Juan marcando las palabras:

—Tierno amigo, vuestra novia os aguarda; estais muy despacio.

Don Juan, con los ojos fijos en Enrique, permanecia inmóvil; la cólera lo ahogaba. Al fin, con un acento de desesperacion contestó temblando:

—Sois un infame, un pérfido.

—Y vos... ¿qué sois, *querido amigo mio?* dijo Enrique; pero acompañó estas espresiones con una mirada tan fria y espantosa, que Don Juan se quedó estático, como si hubiera sido fascinado por aquella mirada glacial.

Despues de un segundo de silencio, dijo:

—En nombre del cielo, volvedme mi esposa.

—¿Vuestra esposa? ¿Acaso yo la tengo? ¿No os he dicho que os aguarda en la iglesia?

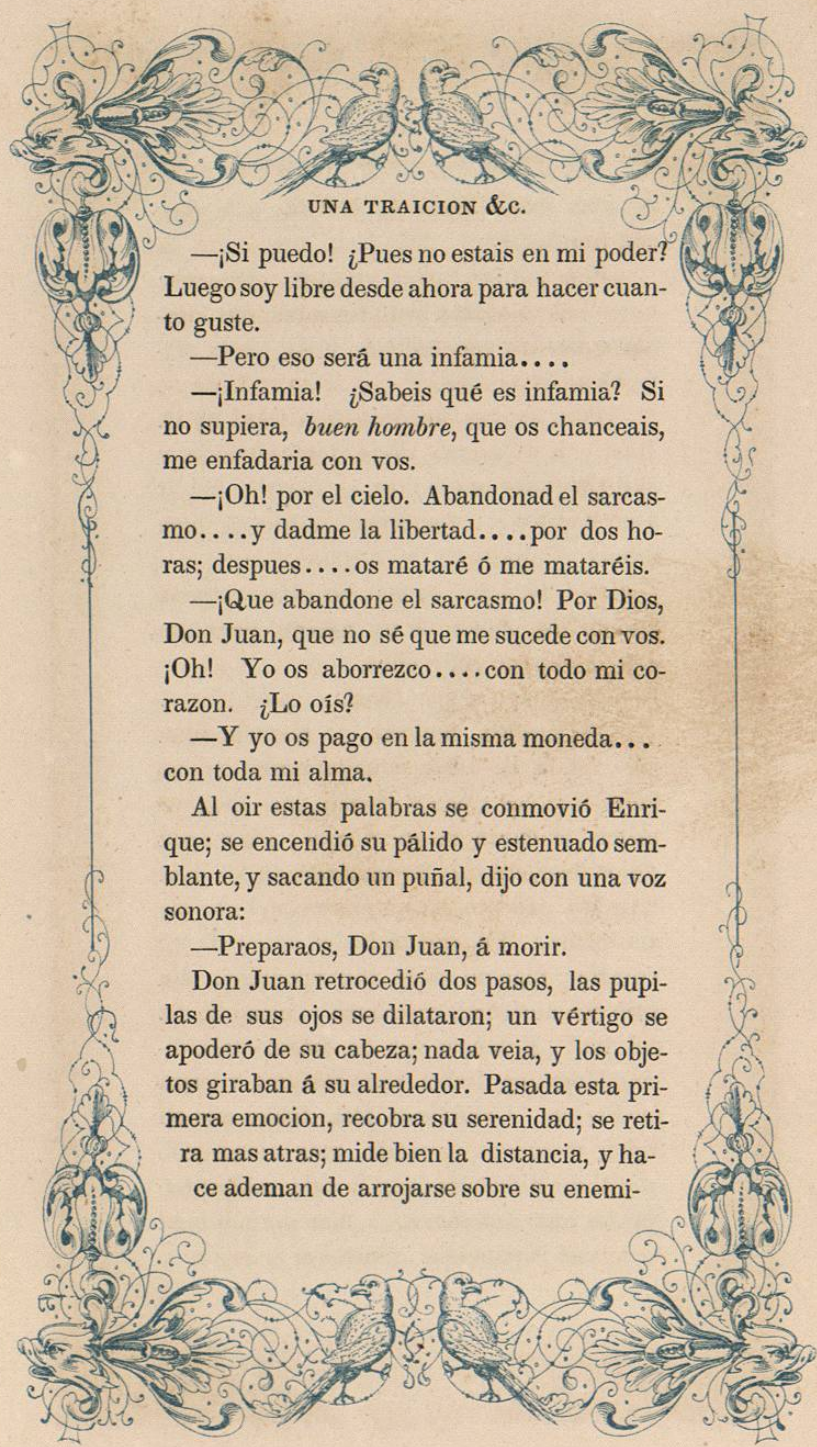
—¡Oh! sois peor que un tigre.

—¿Por qué, amigo mio?

—Porque traidora y vilmente me habeis quitado mi libertad, me habeis separado de mi esposa, y os gozais en mi dolor.

—¿Nada mas por eso? contestó Enrique; pues entónces, Sr. Don Juan, sois peor que dos tigres. ¿Lo entendeis?

—Esto es horrible... Dadme mi libertad por dos horas... por una no mas... y luego sois libre para matarme... si podeis.



UNA TRAICION &c.

—¿Si puedo! ¿Pues no estais en mi poder? Luego soy libre desde ahora para hacer cuanto guste.

—Pero eso será una infamia....

—¿Infamia! ¿Sabeis qué es infamia? Si no supiera, *buen hombre*, que os chanceais, me enfadaria con vos.

—¡Oh! por el cielo. Abandonad el sarcasmo... y dadme la libertad... por dos horas; despues... os mataré ó me mataréis.

—¿Que abandone el sarcasmo! Por Dios, Don Juan, que no sé que me sucede con vos. ¡Oh! Yo os aborrezco... con todo mi corazon. ¿Lo oís?

—Y yo os pago en la misma moneda... con toda mi alma.

Al oir estas palabras se conmovió Enrique; se encendió su pálido y estenuado semblante, y sacando un puñal, dijo con una voz sonora:

—Preparaos, Don Juan, á morir.

Don Juan retrocedió dos pasos, las pupilas de sus ojos se dilataron; un vértigo se apoderó de su cabeza; nada veia, y los objetos giraban á su alrededor. Pasada esta primera emocion, recobra su serenidad; se retira mas atras; mide bien la distancia, y hace ademan de arrojarse sobre su enemi-



UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

go; mas éste se pone en defensa, y le dice con frialdad:

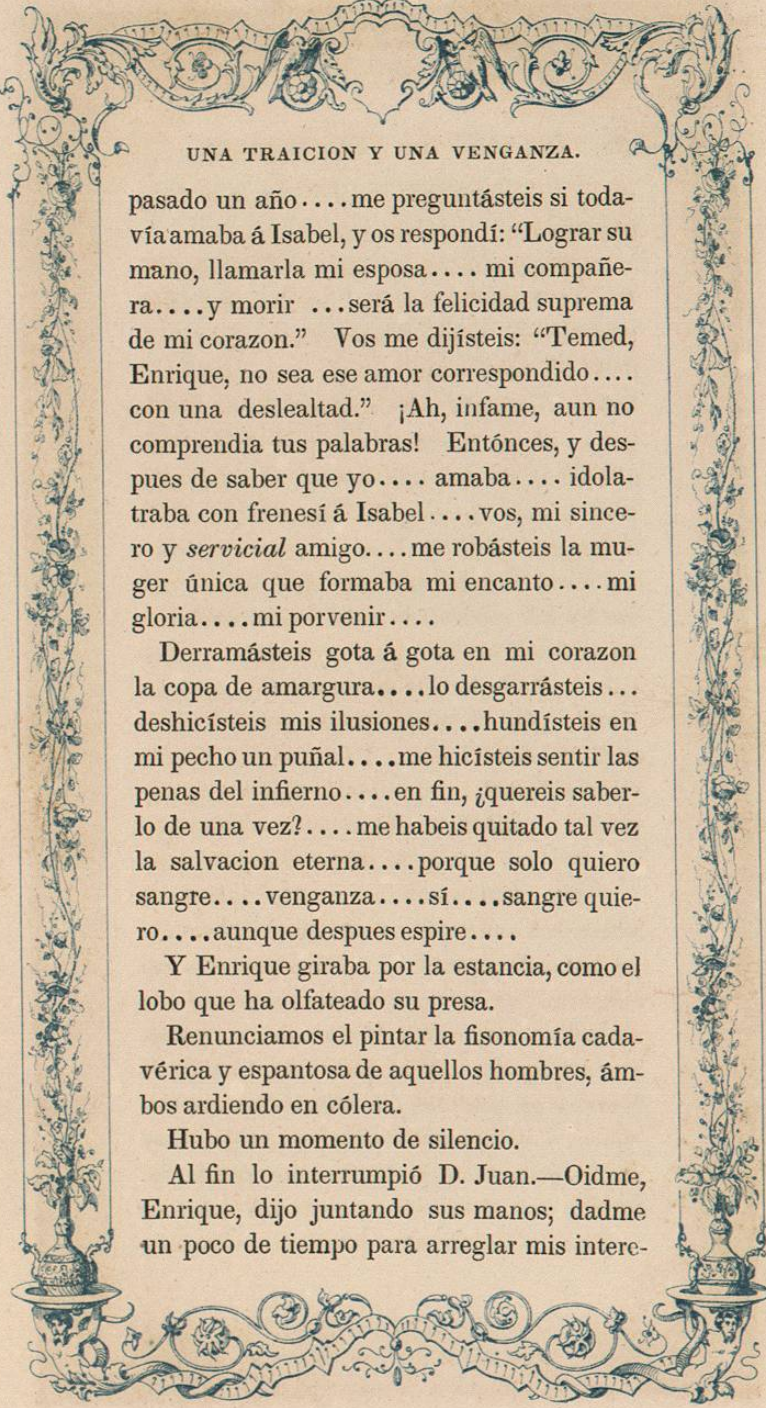
—Son inútiles todos vuestros esfuerzos; tengo mis medidas bien tomadas; mis criados aguardan mis órdenes, y por nada evitaremos mi venganza.

—Pero esto es horrible, dijo el infeliz D. Juan con el acento de la desesperacion, y casi sin poder sostenerse; es horrible matar á un hombre.... indefenso.... que no tiene armas.... que....

—Oid, D. Juan; es mas horrible arrojarse uno en los brazos de un *amigo*, para que éste lo ahogue entre ellos.

—Enrique.... ¡por Dios!.... no....

—Es preciso, morireis.... Escuchadme: ¡Recordais, D. Juan, aquella noche en que viéndome vos triste y abatido, me preguntásteis la causa de mi duelo? Pues bien; yo os respondí con las lágrimas en los ojos: "Amigo, padezco por un amor cruel que me atormenta. Yo amo á Isabel con todo mi corazon; mas no estoy correspondido. La amo con ansiedad, como ama el ciego la luz del dia." Entonces vos me consolásteis, diciéndome que Isabel seria mia con vuestra mediacion. Confiésoos, Don Juan, que en aquel momento os estaba mas agradecido que si me hubiéseis dado la vida, porque me dábais una esperanza.... mas grata que la misma ecsistencia. Despues.... habia



UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

pasado un año.... me preguntásteis si todavía amaba á Isabel, y os respondí: "Lograr su mano, llamarla mi esposa.... mi compañera.... y morir ... será la felicidad suprema de mi corazon." Vos me dijisteis: "Temed, Enrique, no sea ese amor correspondido.... con una deslealtad." ¡Ah, infame, aun no comprendia tus palabras! Entónces, y despues de saber que yo.... amaba.... idolatraba con frenesí á Isabel.... vos, mi sincero y *servicial* amigo.... me robásteis la muger única que formaba mi encanto.... mi gloria.... mi porvenir....

Derramásteis gota á gota en mi corazon la copa de amargura.... lo desgarrásteis... deshicísteis mis ilusiones.... hundísteis en mi pecho un puñal.... me hicísteis sentir las penas del infierno.... en fin, ¿quereis saberlo de una vez?... me habeis quitado tal vez la salvacion eterna.... porque solo quiero sangre.... venganza.... sí.... sangre quiero.... aunque despues espire....

Y Enrique giraba por la estancia, como el lobo que ha olfateado su presa.

Renunciamos el pintar la fisonomía cada-
vérica y espantosa de aquellos hombres, ámbos ardiendo en cólera.

Hubo un momento de silencio.

Al fin lo interrumpió D. Juan.—Oidme, Enrique, dijo juntando sus manos; dadme un poco de tiempo para arreglar mis intere-

ses.... renuncio á.... mi ... Isabel.... y despues nos.... batiremos....

—¿Y quereis que yo me bata con vos?... No, D. Juan; habeis de morir á mi puñal; pero habeis de morir lentamente, ¿lo entendeis? Sí, lentamente, porque lentamente me habeis asesinado. No acabásteis de un solo golpe con mi felicidad, sino poco á poco; no afligisteis de una sola vez mi corazon, sino gota á gota fuisteis derramando en él la amargura. ¡Oh! D. Juan....oid.... No tenia en el mundo mas que dos objetos que me hacian soportar la vida.... mi madre... mi virtuosa madre.... y esa muger... Isabel.... Me la habeis arrebatado.... ¿qué me resta? ¡Ah! mi misma madre me echará en cara mi debilidad.... Ella que.... amaba tanto á Isabel.... que me la deseaba por esposa.... ¿qué diria ahora?... y mis amigos.... No, no, esto es horrible; morireis; pero lo repito, lentamente..... Me gozaré en vuestros tormentos... veré complacido vuestra pausada agonía... y vuestros ayes me causarán las mismas sensaciones que una melodiosa orquesta. Preparaos.... quiero vuestra sangre. Y al decir esto, los ojos de Enrique se nublaron; se contrajeron sus facciones, y se precipitó sobre su rival. Éste paró el golpe como pudo; despues, con la velocidad del tigre que se avalanza sobre su víctima, se arrojó sobre Enrique, y comenzó

una lucha fuerte y horrible. Ninguno hablaba; solo se oia la respiracion de ámbos, y así luchando, duraron algun tiempo. Sin embargo, Enrique hizo un movimiento violento, safó el brazo armado, vibró el puñal en lo alto, y lo clavó en el pecho de su víctima. D. Juan dió dos pasos atras, y cayó en un lago de sangre.

VII.

EL ENCUENTRO.

Era la hora del crepúsculo. Los últimos rayos del Sol, reflejándose sobre el estenso cementerio de Santa Paula, despedian esa luz melancólica y apacible, que llena de un encanto misterioso, se hace amar del corazon del triste. Diferentes eran los objetos que en aquel lugar recordaban el pensamiento de la muerte; diversos órdenes de sepulcros con gran variedad de lápidas é inscripciones, último testimonio del amor, de la amistad, y aun á veces tambien de la vanidad, se estendian en los prolongados corredores de aquel sitio. En una de las puertas estaba escrito este verso de Job: "Llama, si hay quien te responda." Seguian, despues mas sepulcros, y en uno se leia:

AQUI YACE
EL CUERPO DE DON JUAN ***
MURIÓ A LOS 38 AÑOS
DE EDAD.
R. I. P.

Reinaba un profundo silencio: todo estaba solitario, y solo se veía en una de las estancias un bulto negro....era Isabel arrodillada ante un sepulcro.... Suenan el toque de las oraciones, é Isabel se levanta para retirarse. Caminaba melancólica y abatida, cuando de repente mira delante de sí un hombre que la detiene. Al verlo, lanza un grito de espanto, y dice:

—Retiraos, Enrique....me horrorizais.

—¿Os horrorizo? preguntó Enrique.

—¿Y osais preguntármelo, despues de haber derramado la sangre inocente de mi esposo?

—¡Oh! Isabel, no aviveis en mi corazón una herida que jamas se cicatrizará....

—Tambien.... yo padezco por vuestra causa....

—Mirad en ello, señora, el castigo de un delito....la mano del cielo.

—Y vos al hallaros manchado de sangre, ¿no veis esa mano del cielo amenazando vuestra cabeza?

—¿Y quién sino vos ha sido la causa de esa sangre derramada? ¡Oh! no lo dudeis,

UNA TRAICION Y UNA VENGANZA. 171

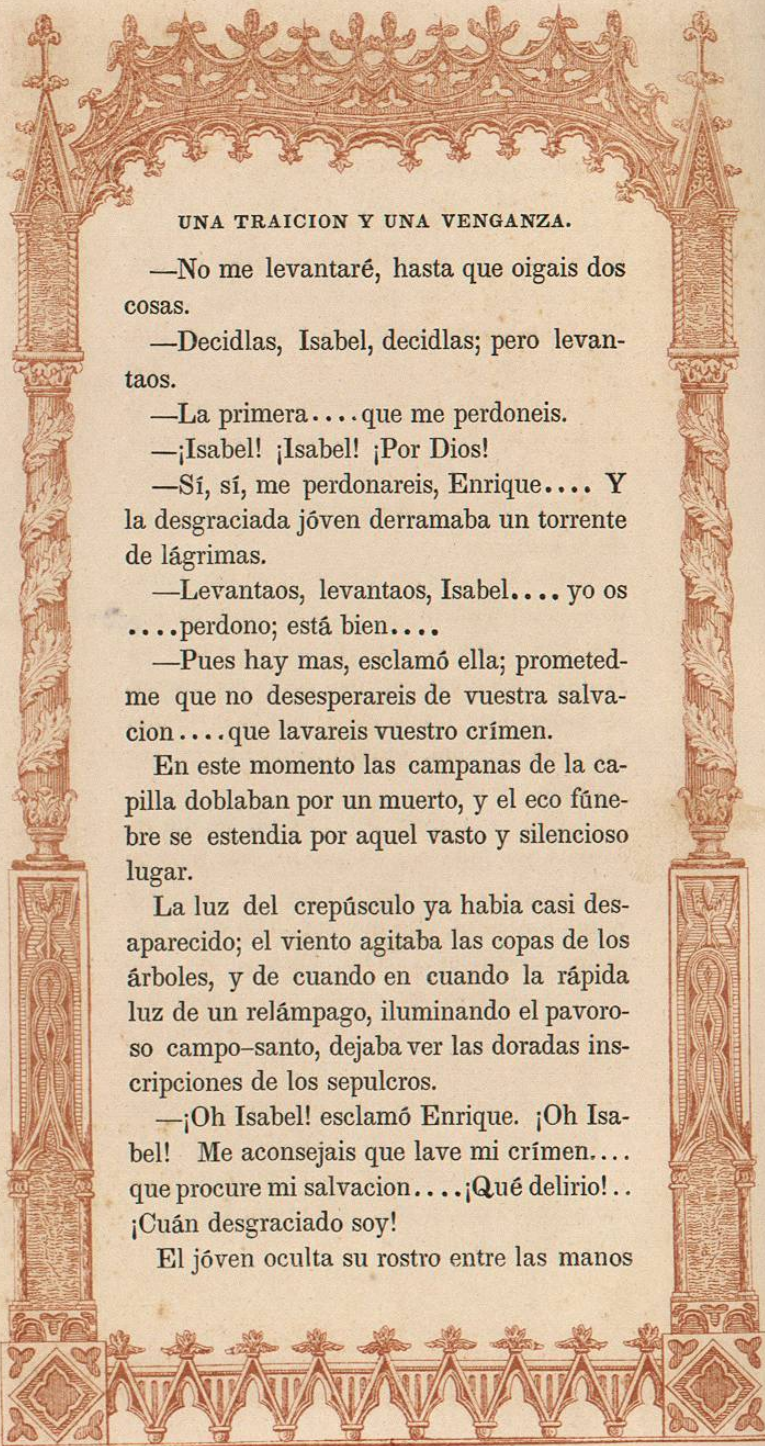
Isabel; estos remordimientos os seguirán todo el dia, y en la noche se sentarán á vuestra cabecera como negros fantasmas..... Continuamente oiréis una voz, que os dirá: "Muger sin fé, tú pudiste hacer la felicidad de un corazón recto y puro, inclinado á la virtud, y has sido la causa de que se abandone al crimen; tú despedazaste ese corazón, y tal vez por tí va á arder para siempre.... en el infierno."

Mientras Enrique hablaba, se iba demandando completamente el semblante de Isabel, que abatida, y no pudiendo sufrir ya tantas emociones, apenas podia sostenerse: su angustioso llanto no la dejaba articular una sola palabra, hasta que al fin con voz trémula exclamó:

—¡Oh! Enrique; por piedad, no me recordeis mi falta....no me hableis mas de esa sangre....de esa muerte.... de esos remordimientos, que me seguirán cual fantasmas invisibles....Oid: Dios me ha oído.... le pedí ser su esposa.... y mañana....sí, mañana mismo diré un eterno adios al mundo... Pero escuchad, Enrique; os he hecho infeliz; mas os pido perdon; miradme.

Isabel habia caído de rodillas.

—Levantaos, exclamó Enrique llorando y sin saber lo que hacia; levantaos, Isabel... ¡Oh! ¡Dios mio!



UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

—No me levantaré, hasta que oigais dos cosas.

—Decidlas, Isabel, decidlas; pero levantaos.

—La primera.... que me perdoneis.

—¡Isabel! ¡Isabel! ¡Por Dios!

—Sí, sí, me perdonareis, Enrique.... Y la desgraciada joven derramaba un torrente de lágrimas.

—Levantaos, levantaos, Isabel.... yo os....perdono; está bien....

—Pues hay mas, exclamó ella; prometedme que no desesperareis de vuestra salvacion.... que lavareis vuestro crimen.

En este momento las campanas de la capilla doblaban por un muerto, y el eco fúnebre se estendia por aquel vasto y silencioso lugar.

La luz del crepúsculo ya habia casi desaparecido; el viento agitaba las copas de los árboles, y de cuando en cuando la rápida luz de un relámpago, iluminando el pavoroso campo-santo, dejaba ver las doradas inscripciones de los sepulcros.

—¡Oh Isabel! exclamó Enrique. ¡Oh Isabel! Me aconsejais que lave mi crimen.... que procure mi salvacion.... ¡Qué delirio!.. ¡Cuán desgraciado soy!

El joven oculta su rostro entre las manos



UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

y queda confuso. Una ráfaga de viento azotó entónces con mas fuerza las copas de los árboles, y estendió mas el sonido fúnebre de las campanas.

A la luz de un relámpago ve Enrique salir de entre las sepulturas un bulto extraño. Se le erizan los cabellos; gruesas gotas de sudor inundan su rostro pálido y desfigurado, y esclama:

—¡Oh! piedad! piedad!.... Se levanta.... para castigarme.... mi víctima.... mirad... ¡Oh Dios mio!.... Isabel.... ¡Cuán desgraciado soy!.... huye.... ya se acerca.... mira su sombra.... ¡Dios, defiéndeme!.... huye, Isabel.... soy criminal....

Isabel, fuera de sí, estaba como petrificada.

El bulto que Enrique vió salir de entre los sepulcros, era uno de los enterradores, que acercándose á los infelices jóvenes, les avisó que siendo muy tarde, debian retirarse.

Algunos momentos despues ámbos habian salido.

VIII.

EXPIACION.

Pasado algun tiempo despues de la escena del cementerio; en una de esas noches oscuras y silenciosas, en que solo se distingue la débil luz de las estrellas, se oia á lo léjos el pausado sonido de una campana: era el toque de maitines que en un retirado convento llamaba á los siervos de Dios á la oracion.

Por un angosto y dilatado tránsito, casi enteramente oscuro, pues solo recibia la luz de una lámpara moribunda, se dirigia con paso grave al coro un religioso; llevaba la vista baja, calada la capucha y los brazos cruzados sobre el pecho: en todo su aspecto se echaba de ver al austero penitente del claustro.

Al despuntar la aurora del siguiente dia, alumbrando con su apacible luz las elevadas cúpulas de los templos, una jóven, vestida con el hábito de las esposas del Señor, oraba en el coro de un monasterio, postrada con modestia y humildad ante la imágen del Redentor crucificado....

Enrique é Isabel, expiando sus estravíos en el retiro de los claustros, encontraban un alivio á sus penas....

En medio del infortunio, no hay bálsamo mas dulce para el mísero mortal que padece, como los consuelos de la religion.

R. S.

